



HYBRIS Y CRISIS

Rafael Argullol *

Resumen

La libertad de una comunidad depende de su capacidad de contención de la *hybris*. Un ciudadano individual puede incurrir en la transgresión y la desmesura siempre que la *polis* encauce con fuerza las corrientes desviadas. Pero cuando es la propia sociedad la que se imbuje del espíritu de la *hibrys*, incapaz de contener sus impulsos y trazar límites, entonces todo el edificio peligra, y cada nueva ambición puede ser el anuncio del desplome. Creo que de ningún modo es posible separar la genealogía de la crisis de la instalación entre nosotros de lo que podríamos denominar *hybris* moderna. Varios fenómenos preparan el camino. Quizá, por encima de todos, el hundimiento catastrófico y criminal en el siglo XX de las utopías inacabadas en las dos centurias anteriores. Paradójicamente, sin embargo, la caída del comunismo ha conllevado, como efecto perverso simétrico, la caída del capitalismo enraizado en la moral protestante. De este modo, el horizonte ético de principios de siglo XXI aparece doblemente mutilado, tanto a la izquierda como a la derecha, en un caso como consecuencia del vacío posterior a la caída y, en el otro, por la usurpación amoral del “tono conservador” por parte del capitalismo especulativo.

Abstract

The freedom of a community depends on its capacity to contain the hybris. An individual citizen can veer into transgression and excess whenever the polis channels diverted currents through force. But when society itself becomes imbued with the spirit of hybris, incapable of containing its impulses and drawing boundaries, then the entire edifice is under threat, and each new ambition could be the advent of collapse. I believe there is no possible way of separating the genealogy of the crisis from the installation among us of what we could call the modern hybris. Several phenomena are paving the way. Perhaps, above all of them, the catastrophic and criminal sinking in the 20th Century of utopias left incomplete from the two previous centuries. Paradoxically, however, the fall of communism, as a perverse symmetrical effect, has entailed the fall of capitalism rooted in protestant morality. Hence, the ethical horizon at the start of the 21st Century seems to be doubly mutilated, on the left and the right, on the one hand as a consequence of the void that follows the fall, and on the other hand, through the amoral usurpation of the ‘conservative tone’ by speculative capitalism.

Como a tantos ciudadanos europeos en otros lugares, a mí la ceniza del volcán Eyjafjalla me atrapó en el Aeropuerto de Heathrow a lo largo de un día. En esas horas se sucedieron muchas escenas, de las que retengo tres. La primera me traslada a la frustración que sentí por no poder viajar y, en consecuencia, perder una cita. La segunda me reproduce diversas secuencias en las que se reflejaban las frustraciones de los demás. La tercera, por último, me recuerda mi deambular por las salas del aeropuerto, entre gente que iba desesperadamente de un mostrador a otro, y ojeando periódicos que desde luego no contenían un exceso de buenas noticias.

Prescindiendo de mis sentimientos personales –en la primera escena–, tengo la convicción de que las otras dos escenas están simbólicamente vinculadas y entrelazadas. Las estanterías de los quioscos estaban rebosantes de periódicos con titulares apocalípticos con respecto a la economía y, por otro lado, los abandonados viajeros expresaban en sus rostros y gestos la ansiedad por lo que sucedía, algo imprevisto y, por así decirlo, “injusto”.

* Filósofo y escritor.

No soy economista (aunque lo cierto es que estudié y terminé Ciencias Económicas) y no me siento autorizado para examinar aquí la certeza o falsedad de los titulares catastrofistas que asomaban por las estanterías de los quioscos de Heathrow. Llega un momento en que para los profanos las cifras que manejan los expertos en economía son tan abstractas como el número de las estrellas del universo: a ciertas alturas parece irrelevante que haya mil galaxias más o menos, de la misma manera que cuando el déficit público suma una decena de ceros significa poca cosa que se añadan algunos más. Los especialistas manejan cantidades que dejan de tener relieve cualitativo para el ciudadano, el cual se siente rodeado por la demagogia política, por la alarma de los medios de comunicación y, muy a menudo, por el complejo de Sísifo que atañe a los propios economistas, que trasladan machaconamente la roca de las grandes cantidades de un informe a otro, sin ser capaces de comunicar la más mínima comprensión entre quienes tratan de escucharlos o leerlos.

Con respecto a este último punto, debo reconocer que durante mucho tiempo he sido un asiduo lector de las páginas económicas –casi siempre amarillas o salmón– de los principales periódicos, no por interés financiero sino por fascinación intelectual. Y he de decir que en ellas he encontrado lo más tosco y lo más refinado del periodismo moderno. Al escribir, los economistas pueden ser increíblemente toscos cuando invitan a confundir la condición humana con los balances de la bolsa; pero también pueden ser muy sofisticados y llegar a crear una metafísica de la economía perfectamente hermética y sólo apta para iniciados. En este caso, su lenguaje es tan sibilino que los desconfiados llegan a sospechar que ni siquiera esos maestros de la metafísica económica son capaces de desentrañar los enigmas que plantean.

Si debería atreverme a un relato de lo que ha sido la preparación expositiva de la Crisis (en realidad de nuestra última crisis), diría que se han juntado todo los actores mencionados: economistas disfrazados de teólogos, analistas crudamente sometidos a las veleidades del mercado, periodistas más propensos al escándalo que a la investigación, políticos demagogos y alarmantemente ignorantes y, por fin, ciudadanos que ahora se sienten engañados pero que durante un par de décadas han demostrado un peligroso amor hacia ese engaño.

No me siento autorizado a hablar de la vertiente económica de la Crisis ni pondría la mano en el fuego por los sucesivos expertos que nos abruman con sus previsiones. Ahora las páginas amarillas o salmón de los periódicos están llenas de profetas y de visionarios que lamentablemente se dirigen a públicos incrédulos. Como acostumbra a ocurrir en las grandes brechas históricas hay un problema de fe, y es esta falta de fe lo que hace que cualquier próximo movimiento de la sociedad sea imprevisible.

En cambio, me siento más autorizado para hablar de los receptores de una ausencia de fe, que no son otros que aquellos ciudadanos engañados que amaron persistentemente el engaño, los cuales, volviendo al jugueteón volcán Eyjafjalla, están bien representados en los ansiosos viajeros de Heathrow (o de cualquier otro lugar) que repentinamente se sienten injus-



tamente tratados. ¿Por quién? Sin el recurso de poder responsabilizar a tal o cual compañía aérea, o tal o cual gobierno, únicamente queda la responsabilidad de la Naturaleza. La Madre Naturaleza, que parecía dócilmente a nuestro servicio, frustra nuestros planes.

Puede sonar a exageración. No lo es si recordamos que desde hace tiempo, quizá desde los años setenta, nos hemos educado en la idea de que la vida se identifica principalmente con la posesión. Las generaciones últimas de jóvenes no han escuchado conceptos alternativos y, en consecuencia, la propia noción de austeridad o de autocontención ha aparecido a sus ojos como una antigualla perteneciente a las épocas de la Europa deprimida, postbélica y pretecnológica. En una palabra: la vida era para saquearla, cuanto más rápida y fácilmente mejor. Este incremento de la inclinación depredadora del hombre, ajeno a tabúes y digno de contención, ha puesto sobre el escenario al protagonista espiritual de la Crisis: ese “nuevo rico” desacomplejado y amnésico que, a gran escala, habitaba en los *penthouse* de Wall Street, pero que a escala más modesta se había incrustado en la conciencia de la mayoría. La Crisis económico-social está siendo una consecuencia de la desmesura psicológica, y no a la inversa. Se trata, por tanto, de una reedición de aquella *hybris* que ya los antiguos griegos identificaron como la principal fuente de destrucción del individuo y de la libertad colectiva.

Siempre que puedo defiendo la tesis de que el auténtico fundador de la democracia fue Esquilo, el poeta trágico, incluso en mayor medida que Pericles, al que siempre ha visto como su padre democrático. Con esto no quiero quitar méritos al general ateniense sino hacer hincapié en el hecho de que la libertad de una comunidad depende de su capacidad de contención de la *hybris*. Un ciudadano individual puede incurrir en la transgresión y la desmesura siempre que la *polis* encauce con fuerza las corrientes desviadas. Pero cuando es la propia sociedad la que se imbuje del espíritu de la *hybris*, incapaz de contener sus impulsos y trazar límites, entonces todo el edificio peligra, y cada nueva ambición puede ser el anuncio del desplome. Esquilo analizó esta cuestión de una manera sobresaliente en sus tragedias. La democracia exigía una perpetua mediación entre polos opuestos: ricos y pobres, saludables y enfermos, jóvenes y viejos. La alteración del equilibrio, la exaltación de la desmesura, interrumpía el buen funcionamiento del engranaje de la libertad. Siglos después, Shakespeare insistió sombríamente en el mismo asunto.

Creo que de ningún modo es posible separar la genealogía de la *Crisis* de la instalación entre nosotros de lo que podríamos denominar *hybris moderna*. Varios fenómenos preparan el camino. Quizá, por encima de todos, el hundimiento catastrófico y criminal en el siglo XX de las utopías inacabadas en las dos centurias anteriores. Paradójicamente, sin embargo, la caída del comunismo ha conllevado, como efecto perverso simétrico, la caída del capitalismo enraizado en la moral protestante. De este modo, el horizonte ético de principios de siglo XXI aparece doblemente mutilado, tanto a la izquierda como a la derecha, en un caso como consecuencia del vacío posterior a la caída y, en el otro, por la usurpación amoral del “tono conservador” por parte del capitalismo especulativo.

Si a esta mutilación del horizonte ético le añadimos la dimensión global que atrapa a todas las piezas –antes disgregadas– en un mismo mecanismo, y la invitación tecnológica a un *fast food* universal (no sólo, como es evidente, en la gastronomía, sino en el ocio, en el erotismo, en el arte, en la cultura, en el “espíritu” en suma), no nos será difícil hallar los senderos que conducen a la *hybris moderna*. La consecuencia de más calado es la multiplicación del ánimo depredador convertido, ya no en “instinto”, confrontable y condenado por la ética, sino en “derecho” del ser humano contra el cual ningún poder tiene nada que decir.

La pérdida del aliento del humanismo ilustrado, simultáneamente causa y consecuencia del declive europeo, coincide plenamente con el asentamiento de la *hybris moderna*. Si no somos capaces de modificar este mundo apenas tendrá importancia la cadena de regulaciones y rescates con la que se intenta poner diques al mar. Mientras el especulador sea el “héroe de nuestro tiempo” de poco servirá meter en la cárcel temporalmente a unos cuantos delincuentes. Como se demuestra estos días –desde Nueva York a Grecia– el héroe de la *hybris moderna* resurge permanentemente porque es el fruto de una siembra espiritual: nuestros cachorros son educados en esta dirección antiilustrada, amoral y pragmática por una sociedad que ha hecho suyo el “derecho” de saqueo de la vida por encima de objetivos, apenas útiles, como son la “verdad” o la “libertad”. En este contexto es difícil pedir autocontención a una conciencia desbocada hacia la posesión. Y, no obstante, aquella autocontención parece la única posibilidad de resurgimiento para Europa.

Naturalmente, como siempre, esta única posibilidad radica en la educación. Podemos tapar agujeros aquí y allá, podemos imponer restricciones presupuestarias, podemos amenazar con castigos. Servirá de poco. Para cambiar deberíamos educar en una nueva sensibilidad que no observara la vida como una pura experiencia devoradora. Pero esto, por supuesto, significaría una revolución.